

# Respuesta al llamado de Pedro Orgambide \*

Guillermo SAMPERIO

¿Quedarse con las máquinas de escribir cruzadas, con las plumas, con las concepciones del mundo? No. Y no porque ahora sea Haroldo Conti, sino porque ayer fue el obrero metalúrgico y el campesino pobre; al pedir que se pare la máquina que probablemente esté terminando con Haroldo, que se entienda, también pienso en otro millón de gentes, de mujeres y hombres, en la Argentina y en el Brasil, en Sudáfrica y en Chile; pero ahora este grito es para Haroldo, pero que se entienda no sólo por Haroldo. Y no importa de donde venga el grito ni de quién, porque estas terribles cosas que están pasando.

Haroldo Conti debe estar muerto, dicen.

Sólo pueden denunciarse así, con un grito, una lágrima, unos labios cerrados merdiéndose la lengua de la desesperación.

Recordemos algunos nombres, las evidencias:  
Otro René Castillo.

Miguel Enríquez.  
Victor.  
Roberto.  
Roberto.  
Manuel.  
Rubén.

La esposa de Rubén.

A mi manera, lo imagino así, antes de que lo hayan detenido, después de que llegaba del cine con su esposa Marta:

Esta tarde quiero meterle el abrelatas a mis palabras, abrir de cuajo esta vida que cargo hace tantos años, y todo para descubrir detrás de mis frases esa otra manera de seguir viviendo, de sobrevivir, de morir. Por eso digo que camino por la calle y que, como los periódicos anuncian o callan, puede suceder todo, en estas sociedades. Quiero decir, sucede todo, cualquier muerte ya no nos parece extraordinaria, por eso no levantamos el tubo del teléfono para responder a ese llamado que viene de la furia y la desesperación, por eso seguimos discutiendo nuestras estéticas masturbadoras sin que esa muerte, sin que esa posible muerte nos conmueva, aunque los periódicos vociferen o callen cínicamente. La casa, es de



cir mi casa, sigue en su avenida, al frente de ellas los anuncios luminosos prosiguen lastimando la oscuridad, dentro de ella se quedaron hijo y esposa, es decir mi hijo Ricardo y mi esposa Marta; también se quedó un escritorio y el sillón negro y un cenicero de cobre, de cobre chileno. Me lo trajo un compañero, sí, un compañero chileno, desde luego, el cenicero.

Cuando la lista de los desaparecidos se alarga y luego a lo lejos la vemos culebrear parece que ahí, en esa caída en el fascismo (la propiedad privada y sus compinches) asoma su cara la desgracia y el asombro y las ganas de no dormir, y aunque nos vengan las terribles ganas de patear las mesas y las sillas, de estrellar los vidrios de la ventana del comedor, de tamborilear con las rodi-

llas en el brazo del sofá, la lista se alarga y queremos escuchar la voz de Haroldo Conti.

La voz se escucha, dicen. También dicen que lo están amasijando.

Pero en el fondo, aunque estés metida en el último cuarto de la casa, en el rincón de una avenida y de una ciudad, tú eres mi interlocutora, Marta, porque en esta cerca de alambre de hipocresías y de matorifes encapuchados a veces estamos solos, y porque también te quiero: dale su jamón al Ricardo, si tiene caca le pones pomada en las nalguitas, mientras, yo sigo por la calle, en una calle que queda lejos, muy lejos de la colonia.

¿Pero por qué esa voz de Haroldo Conti nos llega mezclada con algo que parece el creciente rumor bram-gritos de dolor de un estadio de fútbol? ¿Por qué de momento, a cada momento, nos parece que un no sé qué de locura se está entrometiendo con estos quehaceres cotidianos de los hombres? (Hay que recordar y reconocer que unos hacen novelas, otros el pan, otros el cine documental, otros los sindicatos revolucionarios, pero lo mismo los amasijan asesinan esperan torturan interrogan: todo tiene el sentido de la represión. Escója. Sobre todo cuando se trata de hombres honestos que nunca han tenido que ver con la inmoralidad reaccionaria). Y responderemos que las juntas militares y los cuerpos represivos abiertos o encapuchados están tendenciosamente alimentados por locos concientes, por esos locos que deciden quienes se quedan adentro y quienes afuera (también se alimentan del silencio, de los desentendidos); por eso hay locura aquí en la calle, por eso un brazo se cae fácil del cuerpo, por eso nadie de entre el pueblo es dueño de sus ojos.

Llevo retardo y no está bien, ¿sabes? Pero además llevé esa carga en los cabellos, bueno, llevo tu mano en la cabeza. Y no creas que camino así como así, como haciéndome el desentendido, no recuerdo nuestros pleitos de esta manera de a los autos destruirnos, y tú me diste muy bien la otra noche; el enemigo también está dentro, en los pasillos de nuestros brazos, en los cuartos de nuestros pulmones y poco a poco se mete en Ricardo. Por eso la lucha es doble, en dos sentidos. Luego, dos horas después del llanto y del último sorbo de mate, convergíamos en que estábamos inventando otro dramatismo, la cursilería del futuro, otra manera de

*atras*



hacer el amor, aunque el enemigo se mezclara con nosotros en la cama. Después de todo, las lágrimas, los pleitos, los chipotes de Ricardo, tu mano en mis cabellos, nos llevan a otro lugar y quizá no duremos mucho, y ahora, en esta calle, dentro de estos zapatos, metido en esta camisa, me dirijo hacia una casa lejos de la nuestra.

Entonces no quedarse con los panes cruzados, con las películas, con los testículos.

O, ¿para qué esperar a que nos quiten la calle, el brazo, el ojo izquierdo del pueblo? O, entonces como Borges, como Paz y Fuentes (aquí la lista también es larga), para entonces saber dónde están, con qué canica juegan al encuartado. Aquí es necesario recordar el caso de un intelectual que durante el proceso revolucionario cubano se puso del otro lado de ese proceso y lógicamente fue criticado y además puesta en cuestión su "libertad". Y es necesario recordarlo porque el régimen cubano fue criticado por una desvandada de intelectuales, que levantaron sus protestas en un mismo grito de locura; vino el escándalo, las denuncias, las renunciaciones, los berrinches; se llegó a decir y a insinuar que en Cuba se levantaba el stalinismo y otras tantas irracionalidades clásicas en el intelectual que se sitúa fuera de la lucha de clases (que se sitúa fuera de la lucha de clases según él, porque objetivamente y cuando la realidad nos urge a definirnos se nota claramente de qué lado estamos). Pero ahora, cuando la sierra está a punto de volarle la cabeza a Haroldo Conti (y tantos otros), no se escuchan aquellos gritos, aquellas denuncias; y no queda otra que decir, que gritar, como lo hace Pedro Orgambide, que paren esa sierra, que los que pueden decir algo lo digan, que exijamos la libertad de Haroldo Conti, que respeten su vida, sus manos.

Enciendo un cigarro y pienso que te quiero, en menos de diez minutos he dicho dos veces que te quiero y se me hace poco, pero lo digo como destapar una cerveza, como fumar este cigarro antes de cruzar, antes de cruzar la última calle.

Entonces llega el momento (a cada minuto es el momento) en que cuando la muerte ronda, es decir, cuando la muerte de los que luchan (y no de los que lloran, que éstos mueren de infarto) está ahí, en

la Argentina y en otros países, en el librero, en la reunión, en el cuarto de tortura.

Lo están verdugueando, dicen.

Cuando la sangre es otra cosa que mera definición biológica, entonces como que la sociedad deja de ser esa aparente pluralidad de corrientes "internas" (no existe tal pluralidad en estos momentos de siempre) para darle paso al ellos y al nosotros; y cuando se llega a ese punto se puede gritar:

Que hable la vida de  
[Haroldo Conti  
Te queremos sano  
Tus cuentos nos hacen falta  
[como el pan  
que la triple A o como se  
[llame detengan la  
[sierra  
que liberen a Haroldo

[Conti  
No podemos dormir  
No es la culpa. Es la furia  
No sólo por Haroldo Conti.

[Por todos. Por cada  
[uno de  
los que torturan y matan.

Pero también por Haroldo  
[Conti.

Escriban, pidan, rueguen, compañeros. Exijan el cuerpo vivo del novelista argentino Haroldo Conti.

Mientras toco el timbre pienso que la discusión se va a poner buena y que, aunque los muchachos se escíndan, pisamos y pisaremos el mismo terreno. Yo tengo mi postura y al Ricardo, te tengo a ti, Marta, y a los compañeros que guardan posiciones similares a las nuestras. A veces pienso que sólo es cuestión de limar detalles, de terminar con los malos entendidos; por eso, al abrirse la puerta, me dicen pásale, pásale compañero, te mandó saludos Pedro. Rodolfo y su gente están de acuerdo, lo consultaron en el Manifiesto.

Escriban, pidan, rueguen, compañeros. Exijan el cuerpo vivo del novelista argentino Haroldo Conti.

Señores, quienes sean los responsables en cuestión, entreguen el cuerpo vivo de Haroldo Conti.

Guillermo Samperio

\*) Para mayor información y tristeza ver Por Haroldo Conti de Pedro Orgambide, El Día, 9 de mayo de 1976.